



TEATRO Y VIDA

Por Fernando Lázaro
Carreter (De la Real
Academia Española)

GACETA ILUSTRADA 13

Nº 935

8-9-1974

Carta a José Martín Recuerda

QUERIDO amigo: Le debo respuesta a su carta del 9 de julio; y tengo que cumplir la promesa que le hice de comentar sus *Arrecogías* con motivo de su publicación en «Primer Acto» (núm. 169, junio 1974). ¿Me disculpará usted si, por ahorro de fuerzas, suelto —por qué matarlos— ambos pájaros a la vez?

Entre esa carta y la anterior, diríase que media «un golpe de teatro». Me escribía dolorido por lacerantes historias salmantinas, y con mucha desesperación por las trabas incesantes que impedían su carrera de autor. Su epístola veraniega me cuenta el desenlace favorable para usted de aquellas historias, y me da noticias francamente alentadoras de su carrera. Mi enhorabuena más cordial. Mucho tendrá que esforzarse su espíritu para contarnos plausiblemente la vida y milagros de Celestina, antes de que Rojas decidiera confiarle su gran papel en la tragicomedia. Pero estoy seguro de que dará con las invenciones justificadoras del camino que hubo de recorrer aquella mujer, que fue joven, tal vez bella, sin duda ilusionada, pero acechada por trampas y amarguras que la condujeron a ser, según muchos de sus intérpretes, habitáculo del mal. Ojalá le haya procurado el verano la paz que necesita para ventilar este negocio como cabe esperar de usted.

Me alegra igualmente que el resurrecto «Quart 23» esté ensayando —¿a punto ya de estreno o estrenado ya?— su drama *El engaño*, «con un montaje sensacional» de Díaz Zamora. No cumplió usted el ofrecimiento de dejarme leer la obra, y casi lo prefiero si me va a ser posible contemplar vivo el texto; luego comprenderá mi preferencia, por lo que diré de *Las arrecogías*. Sólo sé de la obra las cosas que me ha contado: que vuelve a la Granada histórica para narrar las vicisitudes de un alma pura, la de San Juan de Dios, hostigada por inveterados males de nuestra nación. Gran tema que, imagino, no se habrá dejado escapar sin estrujarle su mucha sustancia.

Otro motivo de gozo: la posibilidad de que, por fin, *Las salvajes en Puente San Gil* sea representada en Madrid con el montaje de Díaz Zamora que tanto éxito obtuvo en Valencia hace dos temporadas. Ya sabe que siento por esta obra suya especial predilección desde que, sin saber quién era usted (¡a pesar del Premio Lope de Vega!), pude verla en el Eslava hace once años, y adiviné, entre algún agraz, la maduración de un autor muy importante.

Y como colofón de tantas noticias gratas, una excelente: la del posible estreno en el María Guerrero, durante la temporada 1975-6 —¿por qué no antes?— de su drama *Las arrecogías del beaterio de Santa María*

Egipcíaca. En ella pensaba cuando, hace unos meses, comentando la pobre temporada de ese Teatro Nacional, aseguraba conocer cuatro o cinco obras merecedoras de su noble escenario. Me brindó su lectura, recuérdelo, en copia mecanografiada, y la he releído al ser publicada en «Primer Acto». Le dije entonces que su drama me había impresionado; se lo repito ahora, con los matices que la escritura permite. Clasifica usted *Las arrecogías* como «Fiesta española» y, con ello, define varios de sus caracteres. Es, en efecto, una fiesta nuestra, con muerte dentro, con sangre y pasión a la vista del público. Gran acierto el que, mientras las pobres reclusas del beaterio exhiben su agonía, suenen cercanos los clarines y la bullanga de una corrida de toros. Y no es menor logro que toda aquella crueldad vaya arropada por cantos y bailes. Estamos aprendiendo a descubrir —antes lo sabían unos pocos— que el jolgorio de coplas y danzas andaluzas puede tener un sentido más hondo que el de la mera plástica; que un quiebro garboso del cuerpo y de la voz puede ser crispación individual o colectiva.

Es casi imposible comparar esta Mariana Pineda con la de su paisano García Lorca. Se ha dicho —y usted lo ha recordado— que media entre las dos una terrible guerra. Median también dos talentos artísticos sumamente diversos en la manera de afrontar el mito. Este es idéntico en ambas obras: el de la heroína que, dándose cuenta de que España ha perdido su corazón de península andante, borda una enseña que guíe a los hombres en su lucha por regresarla. La misma mujer que muere en cadalso antes que declarar. Pero Federico —y no querría que mi simplificación fuera abusiva— no salió, o salió muy poco, del paradigma de la mujer romántica gobernada sólo por el amor. Bordando una bandera, creía estar tejiendo su propia felicidad. La Mariana que usted ha visto renunció al matrimonio con Casimiro Brodett porque a éste se le exigía abdicar de sus ideas liberales para consentirle el matrimonio. Prefirió ser su amante, y huir de él, y entregarse a hombres poderosos, para salvar con su complicidad a revolucionarios que rompieran las cadenas. Su Mariana no es una frágil dama, sino una partisana. Difícilmente podría exclamationar como la de Lorca: «Yo soy la libertad porque el amor lo quiso». Ella es la libertad porque así lo ha decidido en esas misteriosas celdillas del alma donde se elaboran la rebeldía o la sumisión. Por eso, increpa a su amante cuando lo ve derrumbado por la confesión de sus tácticas: «¿Es que un liberal sabe luchar solamente por el débil amor humano de una mujer? [...] ¿El amor humano puede estar por encima de la libertad de todo un pueblo?».

Bien claro está, con tales supuestos, que su Mariana no podía ser una heroína solitaria. Ha tenido que mostrárnosla usted en el beaterio granadino, como una «arrecogía» más, entre mozas de burdel, coimas desharrapadas que la comprenden a medias, y a las que ella comprende, porque por ellas ha luchado y va a morir, por su redención, por la supresión de sus lacras que las pobres muestran a veces hasta con orgullo. Desgraciadas mujeres, que gritan y aúllan casi, víctimas de un sistema que ignora y tritura la dignidad humana. Miserables bacantes, furias y arpías, que se hacen sublimes cuando aflora su más radical simplicidad. Su germen eran aquellas «salvajes», que iban como poseas, entre la lujuria y la impiedad de Puente San Gil, a cobrar su venganza. Ha descubierto usted la fuerza dramática incontestable de esa rabia colectiva, dictada, casi seguro, por su propia rabia.

Porque *Las arrecogías* está escrita con más ira aún, como barboteada por los resquicios de una mordaza, violentamente sincera, con la violencia del agua impetuosa que, obligada a circular por un estrecho y oscuro albañal, acaba estallando en busca de su luz. Por eso es difícil juzgar su obra con tranquilos cánones críticos: los desborda también. Lo turbio y lo claro, lo irracional y lo lógico, lo trágico y lo que sólo parece patético, e incluso melodramático, se imbrican en sus réplicas y en sus escenas tan íntimamente, que la mezcla choca con fuerza al lector. Las frases le salen a veces tumultuariamente, de modo que resulta casi imposible apresarlas entre las reglas de la sintaxis. Apenas si cabe el análisis a que fuerza la lectura: hay que «ver» la obra con la imaginación —mejor, claro, en un escenario—, y dejarse arrastrar por el turbión. Por favor, cuide bien la puesta en escena. Si el director planea un montaje convencional, si las actrices quieren sólo declamar el texto sin embriagarse de él, renuncie al estreno. Es necesario que los intérpretes se empapen de su propia rabia, que ultrajen sus cuerpos y sus almas hasta hacerlos casi mera biología iracunda. Si así se logra, y si el texto se aligera tal vez de algunos pequeños lastres que usted mismo verá, le auguro un éxito memorable. Es preciso que el público sea zarandeado sin respirar, y que participe, casi sin dejarlo pensar, en su alucinante fiesta española.

¿Se habrá roto el silencio que pesa sobre usted y otros escritores como usted, que sólo aspiran a aportar una voz nacional y actual a nuestro evasivo teatro? Así lo espera y desea fervientemente el buen amigo que firma esta carta.